

¿La verdad está ahí afuera? Parece. He intentado recabar información, juntar datos tras ser testigo de un episodio: los fragmentos de –digamos– un aerolito. Preparé un file, lo he nombrado *Caso L* o *Expediente L*. El episodio fue breve pero intenso. Lo puedo asegurar.

El aerolito –llamémosle por ahora *L*– es de una naturaleza poco común. Es leve y al mismo tiempo grave. A ratos se vuelve inasible. Su energía es inestable. Vivir este episodio deja una estela de incertidumbre, al menos es la sensación que me dejó tras experimentar o vivir dicho episodio. Esa ha sido mi conclusión sobre las características de *L* luego de tener frente a mí esos fragmentos.

Hay otros testigos y tras vivir la experiencia brindaron sus testimonios. Muchos coinciden, otros aportan datos nuevos. Cabría preguntarse si todos los testimonios son fidedignos, si no están marcados por la intensidad de haberlo vivido en mayor o menor cercanía, o por el aura del mito –digamos–. ¿Lo que he recopilado será completamente cierto? Podría serlo. Podría ser parte de *la verdad* sobre *L* y podría estar ahí, afuera.

EXPEDIENTE L (WORK IN PROGRESS)

Nicolás Guillén Landrián (La Habana, 1938 - Miami, 2003). Cubano, negro, seis pies de estatura. Pintor, cineasta –escribió un poemario durante su ingreso en un hospital psiquiátrico. Si existe, el volumen de poemas permanece inédito–. Este Nicolás es, digamos, el aerolito, nuestro *L*. En su etapa de formación como documentalista fue discípulo del realizador holandés Joris Ivens y del danés Theodore Christensen. El *Expediente L* incluye la lista de su filmografía, formada en su totalidad por documentales de corto metraje: *El Morro* (1963), *En un barrio viejo* (1963), *Un festival* (1963), *Los del balle* (1965), *Ociel del Toa* (1965), *Rita Montaner* (1965), *Reportaje* –también conocido por *Plenaria campesina*– (1966), *Retornar a Baracoa* (1966), *Coffea Arábica* (1968), Expo Maquinaria Pabellón Cuba (1969), *Desde La Habana, 1969, recordar* (1969), *Taller de Línea y 18* (1971), *Nosotros en el Cuyaguatije* (1972), *Un reportaje sobre el puerto pesquero* (1972), *Para construir una casa* (1972) e *Inside Downtown* (2001). A esta lista deben agregarse los documentales *Homenaje a Picasso*, *El Son*, *Patio Arenero* y *Congos reales* (los testimonios del propio Landrián y de

una una una
una una una
pelea
cu a a
cu a a
ba a a
na o o
na e e
os los lo
demonios
demonios
demonios

algunos testigos dan fe de que estos cuatro cortos sí fueron realizados, la existencia de los mismos tal vez podría verificarse en los archivos filmicos del ICAIC –Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos).

Pero no todo fue celuloide en la ruta de este aerolito. Por un lado estuvo la *folie*: la esquizofrenia marcó parte de dicho recorrido. El *Expediente L* incluye fragmentos de su correspondencia con el realizador cubano Manuel Zayas, donde menciona su estancia en un calabozo (en el texto escribió: “¿Te imaginas tú lo que fue para mí verme de pronto en los calabozos de Villa Marista?”), su estadía en una granja creada para el personal dirigente que mantenía una conducta impropia (una granja en la Isla de Pinos, hoy Isla de la Juventud), y nuevamente la *folie*, porque necesitó ser atendido por el personal médico de la granja, que aconsejó un tratamiento con especialistas, de ahí que, siguiendo la estela de su paso, la próxima coordenada ubica al aerolito *L* en un internado en un hospital psiquiátrico (según Nicolás Guillén Landrián: “Me llevaron de Gerona a La Habana, donde fui internado en el Hospital Psiquiátrico Militar que tenían ahí en Ciudad Libertad”). Su correspondencia con Manuel Zayas da fe de que luego del alta médica la otra coordenada fue la prisión domiciliaria en la casa de sus padres, la que duró hasta concluir la sanción.

¿El fin? No. Este no es el fin.

El ICAIC decidió encargarle un documental didáctico sobre la cosecha de café en la Ciudad de La Habana –a este programa de cultivo de cafetos se le conoció como Cerdón de La Habana–. Según las intenciones de Landrián buscaba “hacer un ameno documental, divulgativo más que didáctico, de todo lo que había tenido que ver con el café”. Y el resultado fue *Coffea Arábica* (1968).

Según los testimonios, tres años después lo expulsan del ICAIC por supuesta conducta antisocial y manifestaciones disidentes. Pero el año 1971 no marcará el fin. No. Este tampoco es el fin. En 1989 el aerolito *L* tendrá una nueva coordenada en su recorrido, la que lo situará, durante 14 años, en Miami. Y Miami es sinónimo de exilio. “Deportación voluntaria” (¿? raro término: recabar más información), esta incongruente combinación fue el dato que supuestamente justifica el viaje Habana-Miami. Solo en 2001 volvió a dirigir un audiovisual: *Inside Downtown*. Este documental se rodó en las

calles de Miami (“Quería comunicar que yo estaba en Miami, que estaba vivo y haciendo cine (...) es como una necesidad mía de demostrarme que podía realizar cine todavía”). Pero algo no concuerda en los testimonios recogidos y archivados en el *Expediente L* y es el año en que fue expulsado del ICAIC (1971) y el año de realización de tres de sus cuatro últimos documentales. Salvo *Inside Downtown*, realizado en 2001, en la lista de su filmografía está consignado el año 1972 como la fecha de realización de los cortos *Nosotros en el Cuyaguatije*, *Un reportaje sobre el puerto pesquero*, *Para construir una casa* (¿?, incongruencias, recabar más información).

Nicolás Guillén Landrián falleció en julio de 2003 (se manejan tres fechas: 21, 22 y 23), víctima de un cáncer de páncreas que hizo metástasis en los pulmones y el hígado. Tenía 65 años y quería que lo sepultaran en Cuba. Así se hizo. El cadáver de Landrián fue trasladado a La Habana para luego ser sepultado en una bóveda propiedad de la familia de su viuda (Gretel Alfonso Fuentes). Esta sí fue la última coordenada del aerolito *L*.

Hay una nota interesante que decidí añadir al dossier: “Es tal vez el único cineasta cubano maldito, contestatario, irreverente, con años en prisión, acusado de ser agente de la CIA y de conspirar para matar a Fidel Castro”. ¿De veras alguien como Landrián reúne las características para militar en el cuerpo de agentes secretos de la Agencia Central de Inteligencia? ¿Cómo encajaría el aerolito *L* en una conspiración cuyo fin era hacer diana en el corpachón de Fidel –y donde digo “diana” debe entenderse

la verdad
está ahí
afuera...
¿está?

ahmed echevarria

cualquier plan de aniquilación? ¿?, un detalle más para el record de ambos, recabar más información).

Este sería, digamos, el fin.
*(Work in progress).

L
No es asunto de elegir una calle cualquiera de la ciudad para encontrarse con alguien que tenga a buen recaudo el material filmico de Nicolás Guillén Landrián. La probabilidad es, supongo, similar a sufrir el impacto de un verdadero aerolito. De su filmografía a mí llegaron varios archivos digitales. Tuve en mis manos un raro material tanto por la posibilidad de acceder a ellos como por la propia naturaleza de los documentales. Y no estaría desacertado clasificarlos como fragmentos de un aerolito. Como primera aproximación diría que en ellos la gravedad se alterna con una visible levedad, son bastos y al mismo tiempo notablemente pulidos. Sé que resulta incongruente, que son características que se contradicen, que no establecen ninguna frontera lógica. Lo sé. Pero esa es la naturaleza de los materiales que vi: *En un barrio viejo*, *Un festival*, *Los del baile*, *Ociel del Toa*, *Reportaje*, *Coffea Arábiga*, *Desde La Habana, 1969, recordar*, *Taller de Línea y 18* y *Un reportaje sobre el puerto pesquero*.

La sensación de incertidumbre comienza tras haber visto cada uno de estos cortos que han sido clasificados como documentales. ¿Acaso todos lo son? Este no es el inefable centro de mi relato, pero justo aquí comenzó mi desesperación. ¿Por qué? En algunos, en mayor o menor medida, el carácter informativo o didáctico de los hechos se va diluyendo para otorgarle una nueva cualidad al audiovisual filmado. Más que documentar un hecho en algunos de esos cortos Landrián lo narra. Los actores sociales que han sido filmados devienen simplemente actores. Un supuesto papel a interpretar toda vez que el equipo de realización de estos audiovisuales ponen en marcha la maquinaria de edición, musicalización y postproducción. Una historia narrada bajo la cual fluiría otra. Y para ello el aerolito L, como director, se apropia de diferentes recursos. En sus trabajos se agencia del uso de una banda sonora a manera de collage que contrasta a ratos con lo filmado, o el uso de textos intercalados entre bloques de imágenes, textos que ironizan y guían el documental hacia extremos opuestos a lo narrado. Landrián documenta

aquisieraq
aquisieraq
aquisieraq
recomunicare
recomunicare
quequeque
estoyestoyestoy
muerto
estoyestoyestoy
muerto
estoyestoyestoy
quequeque
recomunicare
recomunicare
aquisieraq
aquisieraq
aquisieraq

y/o narra sin acudir a la entrevista, elige planos, con el empleo de *close-ups* y planos medios cizalla de su entorno a los actores sociales –o simplemente actores– para así apropiarse del universo que gravita en el interior de cada uno de ellos, luego los devuelve ya sea al barrio, al taller, o al interior de una casa. Tanto el empleo de la foto fija o la fotoanimación, así como el uso de información puramente técnica, los silencios, o una muy poco usada voz en off y los planos elegidos le servirán para potenciar un discurso que irá desde la solemnidad más profunda –reflexionando así sobre temas como la muerte (*Ociel del Toa*), o para el calado de un entorno que parece estar al margen de las espirales de la Revolución del 59 (*En un barrio viejo*), o en el hilvanado de ese muestrario de intensidades que fueron los 60’s (*Desde La Habana, 1969, recordar*)–, hasta la levedad –empleada para dar su visión de la siembra de cafetos en Ciudad de La Habana (*Coffea Arábiga*), o para adentrarse en las particularidades de la producción de los ómnibus Girón (*Taller de Línea y 18*), y aquí la mirada del aerolito L no se detiene solo en el proceso productivo sino también en las personas que forman parte del mismo.

En los testimonios encontrados se dice que sus últimos documentales los realizó bajo una pérdida de lucidez creativa: *Un reportaje en el puerto pesquero*, *Nosotros en el Cuyaguatete* y *Para construir una casa* (todos realizados en 1973). ¿Será cierto? Supongo que debería apropiarme de una cita de Landrián para dar una respuesta: “No tengo conflictos estéticos con ninguno de mis filmes. Todos los conflictos estéticos son resultado de los conflictos conceptuales. Yo quería ser un intérprete de mi realidad. Siempre estuve en el vórtice de la enajenación. El resultado cabal es cada filme terminado.” Esta rara paz que emana de la cita de Landrián podría ser el resultado de una dura pelea contra los demonios que rondan todo acto de creación.

¿Cómo ubicar a Landrián en la documentalística cubana? ¿Sería sensato apostar por este caballo? Veamos: “Yo trataba de hacer un cine que no fuese igual a lo demás, que no coincidiera con lo demás, que fuera un cine muy personal. A veces, el trabajo lograba ser tan difícil que salían cosas a pesar de mi intención previa”. Eso dijo.

VUELO

Cáncer de páncreas. Miami. Quisiera comunicar que estoy en Miami, muerto y haciendo cine. Metástasis. 65 años, cubano, negro, seis pies de estatura. Es como una necesidad mía de demostrarme que a pesar de haber muerto puedo realizar cine todavía. Metástasis en los pulmones y el hígado. ¿Alguien ha visto la muerte? Un cuerpo yace sobre una cama. Tapado. La muerte. El fin. No. Este no es el fin. Volaré. Volveré a La Habana. Del exilio volveré al exilio. A La Habana. ¿Alguien ha visto el exilio? ¿Es el exilio la muerte? (Estos podrían ser los intertextos de un documental de Landrián. Un documental de Nicolás Guillén Landrián sobre su propia muerte. Podría llamarse *Vuelo*.)

Para el aerolito L el exilio fue peregrinaje, vacío total, “una desgracia”. La imposibilidad de adaptarse a la vida en Miami tal vez fue el motivo de un cambio en su ruta, que tuvo como última parada el Cementerio de Colón. El cadáver viajó desde Miami al aeropuerto José Martí y de la terminal aérea por carretera cruzó el arco del cementerio. ¿Su vida fue una eterna pelea? Hay quienes dicen que sí. ¿Será cierto? Tal vez. La verdad podría estar ahí, afuera.

Me gustaría agregar un último detalle: los restos de Nicolás Guillén Landrián terminaron en el Cementerio de Colón y no hubo ceremonia pública ni oficial –nadie lo testimonia–. Se me ocurre que ese silencio es también uno de los desafíos de la ficción, otra muda manera de narrar.

Ahmed Echevarría
La Habana · 74